

Este tercer capítulo analiza la relación de la Argentina con el mundo durante la última dictadura. Explica qué fue el Plan Cóndor y cómo éste permitió coordinar la represión con otros regímenes del Cono Sur; cuenta qué pasó con los exiliados argentinos, sobre todo con aquellos que impulsaron las campañas de denuncia de los crímenes que se cometían en el país; y examina la política exterior que, entre otras cosas, condujo a la guerra de Malvinas en abril de 1982.

Durante los años del terrorismo de Estado, las denuncias internacionales por las violaciones a los Derechos Humanos fueron provocando un creciente aislamiento internacional de nuestro país y, de a poco, quedó en claro que la articulación de la política exterior de la dictadura estaba basada, exclusivamente, en el plano represivo.

Estas cinco preguntas ayudan a visualizar qué pasó con la dictadura por fuera de las fronteras nacionales y brindan elementos para comprender qué sucedió en la guerra de Malvinas.



¿QUÉ FUE LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL?

La Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) fue el nombre que tuvo la estrategia represiva elaborada por los EE.UU. en el marco de la denominada Guerra Fría, es decir: del conflicto Este-Oeste iniciado al finalizar la Segunda Guerra Mundial entre el bloque oriental socialista –bajo el control de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS– y el bloque occidental capitalista bajo el poder de los Estados Unidos. Esta doctrina estaba fundamentada en el concepto de «guerra interna» como respuesta al peligro de la «invasión» comunista.

En ese sentido se consideraba que, debido a la expansión soviética, la defensa nacional ya no podía ejercerse sólo a partir de los parámetros de una guerra clásica (territorial y de fronteras en el plano militar) sino que la defensa de la «civilización occidental y cristiana» ante la «amenaza marxista» exigía dar la batalla en todos los frentes: en el ámbito de la cultura, la educación, la economía, la política y la sociedad en su conjunto.

Esta doctrina concebía al enemigo como una amenaza que no reconocía fronteras geográficas sino básicamente ideológicas y todos los conflictos –internos y externos– eran leídos en la misma clave interpretativa: el peligro de infiltración marxista.

Este criterio llevó a diseñar políticas para las distintas regiones del mundo, entre ellas América Latina, que era

considerada «el patio trasero» de EE.UU., es decir, como una zona de influencia y control exclusiva del imperio.

Robert Mc Namara, Secretario de Defensa de los EE.UU. afirmaba al respecto: «Nuestro objetivo primordial en Latinoamérica es ayudar, donde sea necesario, al continuo desarrollo de las fuerzas militares y paramilitares nativas, capaces de proporcionar, en unión con la policía y otras fuerzas de seguridad, la necesaria seguridad interna».¹

Por un lado, este cuerpo doctrinal pretendía convertir a las instituciones militares en guardianas y policías del orden político interno ante la permanente amenaza de disgregación o desestabilización nacional que habría emergido en la región a partir del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. A partir de esto el equipamiento, el financiamiento, el entrenamiento y la formación ideológica de las fuerzas represivas latinoamericanas se convertían en un objetivo central del Pentágono.

Por el otro, se atribuía a las FF.AA. un rol que iba más allá del que prescribía la Constitución, en la medida en que las colocaba por encima del poder político instituido y les atribuía las facultades para determinar en qué momento debían intervenir unilateralmente por

considerar que los «supremos intereses de la Nación» estaban en riesgo.

En nuestro país, el gobierno militar buscó convencer a la población de que la irrupción de las FF.AA. implicaba la drástica opción entre el caos o el orden, ya que estábamos en guerra contra «el enemigo interno», contra el marxismo apátrida.

Esta visión de dos campos enfrentados requirió la construcción de una alteridad, de un «otro» que era considerado una amenaza para la comunidad, un peligro que debía ser combatido y extirpado del cuerpo social.

Ese «otro» que construyó la dictadura y que buscó erradicar era «la subversión». Este término aludía, en primer lugar, a los miembros de las organizaciones armadas y a los militantes políticos y sindicales vinculados a estas. En segunda instancia, incluía a todo grupo político o partido opositor, así como cualquiera de los organismos defensores de los Derechos Humanos. Además, cualquier otro tipo de militancia o participación (gremial, sindical, barrial) quedaba contemplada dentro de las formas del accionar «subversivo», figura que buscaba permear prácticamente toda expresión o práctica que pudiera considerarse opositora al orden establecido.

¹ Eduardo Luis Duhalde, *El Estado terrorista argentino*, Buenos Aires, Ediciones El Caballito, 1983.

En ese sentido el dictador Jorge Rafael Videla afirmaba: «El hombre es criatura de Dios creado a su imagen. Su deber sobre la tierra es crear una familia, piedra angular de la sociedad, y de vivir dentro del respeto del trabajo y de la propiedad del prójimo. Todo individuo que pretenda trastornar estos valores fundamentales es un subversivo, un enemigo potencial de la sociedad y es indispensable impedirle que haga daño.»²

La categoría «subversión», vuelta sustantivo, se tornaba voluntariamente amplia, incierta, vaga y al mismo tiempo totalizadora. Esta estrategia diseminaba el terror y generaba la parálisis que impedía cualquier tipo de cuestionamiento o manifestación de conflictividad.

Esta lógica binaria del nosotros-ellos, del amigo-enemigo, del argentino-no argentino, asimilada y articulada en torno a la Doctrina de Seguridad Nacional, permitió el desarrollo y la implementación de una metodología represiva basada en la creación de centros clandestinos de detención y en la figura del desaparecido.

² Jean Pierre Bousquet, *Las locas de la Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.

¿QUÉ RELACIONES PUEDEN ESTABLECERSE CON LAS DEMÁS DICTADURAS QUE SE IMPLEMENTARON EN LATINOAMÉRICA?

Entre los años sesenta y setenta fueron implementadas en América Latina una serie de dictaduras que reorganizaron el mapa político de la región.

En Argentina, como ya hemos visto, en 1976 se impuso una dictadura que se extendió hasta 1983 y que tuvo como rasgo distintivo la implementación del terrorismo de Estado. En 1966 también se había producido un golpe de Estado, cuando el general Juan Carlos Onganía derrocó a Arturo Illia, el presidente electo por las vías constitucionales (aunque con la proscripción del peronismo). El mandato de Onganía, si bien resultó breve, apenas tres años, entre 1966 y 1969, había tenido pretensiones de larga duración.

En Brasil, hacia el año 1964, el entonces presidente João Goulart fue derrocado por sectores militares que visibilizaron en él el retorno del nacionalismo populista cuya figura emblemática era Getulio Vargas. El período dictatorial concluyó casi veinte años después, en 1985 con el triunfo de Tancredo Neves, quien falleció al poco tiempo y fue reemplazado por el vicepresidente electo, José Sarney.

El caso de Chile es uno de los más resonantes, en la medida en que el golpe efectuado el 11 de septiembre de 1973 y comandado por el general Pinochet fue realizado contra un presidente constitucional de filiación so-

cialista: Salvador Allende. Lo que ha merecido especial interés del caso chileno reside justamente en que, por primera vez en la historia, un presidente socialista accedió al poder por las vías legalmente previstas, aún cuando su triunfo electoral sobre el candidato conservador Alessandri no haya sido holgado: 39 mil votos más que su opositor. El derrocamiento de Allende tuvo vastas consecuencias políticas y culturales en el continente, entre ellas, reforzar la creencia al interior de las diversas organizaciones insurgentes de izquierda que proliferaban en el continente, de que sólo por la vía armada podría garantizarse el éxito de un proyecto revolucionario.

En Uruguay, el proceso que desembocó en la implantación de un régimen autoritario reconoció también modalidades específicas. En las elecciones de 1971 se destacó la aparición de un nuevo movimiento político de izquierda, el Frente Amplio, (que pretendía provocar una cisura en un escenario político dominado por los tradicionales partidos políticos –Blancos y Colorados–) pero triunfó María Bordaberry, del partido Colorado, quien a partir de allí inició una escalada de medidas que dieron a su gobierno marcadas características autoritarias, hasta llegar al punto –el 27 de junio de 1973– de responsabilizarse de la disolución de las Cámaras Representativas ante la presión del Ejército. De este

modo, la disolución de facto del Parlamento constituyó un verdadero golpe contra las instituciones legales, aunque, en manos de Bordaberry, dicho golpe asumió una máscara civil. El proceso iniciado así en 1973 tuvo su cierre el 1° de marzo de 1985, cuando asumió como presidente Julio María Sanguinetti.

Finalmente, Paraguay es la excepción que confirma la regla, puesto que desde 1954 estuvo regido por un sistema de dominación política con rasgos autoritarios, bajo el mando del General Stroessner.

Ahora bien, más allá de los rasgos específicos que acabamos de marcar para cada país: ¿qué vínculos, qué hilos explicativos podrían tejerse entre esta verdadera concatenación de fenómenos políticos que marcarán a sangre y fuego el mapa político de la región? Reconociendo la complejidad de la pregunta, podemos al menos detectar ciertos rasgos comunes que permitirían al menos establecer algunos vínculos entre estos episodios.

En primer lugar, un rasgo común es el cada vez mayor protagonismo que van adquiriendo las Fuerzas Armadas en la vida política interna de cada país. En casi todos los países que hemos nombrado, las Fuerzas Armadas eran ya un actor político relevante y de hecho, excepto en Uruguay y Chile, ya habían aconte-

cido golpes de Estado previamente a las décadas del sesenta y setenta. ¿En qué consiste, pues, este mayor protagonismo de las Fuerzas Armadas? Lo novedoso de estas intervenciones fue que se trataba de golpes de Estado que pretendieron tanto durar en el tiempo como tener un carácter institucional; de este modo, se reorientan las intervenciones de las Fuerzas Armadas en los países latinoamericanos: si antes este actor justificaba su intervención en la vida política para preservarla de los desequilibrios que podían provocar las crisis políticas internas, para luego restablecer la lógica del orden legal previamente depuesto, en las décadas del sesenta y setenta las Fuerzas Armadas trabajaban con la idea misma de consolidar en el tiempo un poder militar sin tener en su horizonte la idea de restablecer el orden derrocado, puesto que las transformaciones que se auto-asignaron los ejércitos latinoamericanos fueron consideradas de largo aliento. Chile y Argentina fueron los casos paradigmáticos en este sentido: las elites militares se propusieron transformar a fondo la sociedad, instaurando así una suerte de «revolución conservadora» de largos efectos en el plano político, social y económico.

Por otra parte, lo común de todas estas intervenciones fue que el terror era usado –con mayor o menor intensidad, según cada caso específico– como principal arma de dominación social, aun cuando en muchos de los casos citados existió la pretensión de institucionalizar el uso de la fuerza, es decir, convertir el poder «de hecho» en un poder basado en el derecho. El uso del terror en Argentina, Chile y también en Uruguay llegó a puntos sin precedentes en la historia de estos países.

En todos los casos, las cifras del terror son escalofriantes: en Argentina, los organismos de Derechos Humanos denunciaron la existencia de 30 mil desaparecidos; en Chile, entre 30 mil y 35 mil personas fueron víctimas del régimen pinochetista, entre las cuales hay que contar unos 28 mil que resultaron torturadas, 3400 mujeres violadas y 3 mil asesinadas por la temible DINA (Dirección de Inteligencia Nacional). En Uruguay, finalmente, se calcula que existieron 5 mil presos políticos, 15 mil ciudadanos en libertad vigilada, y alrededor de 60 mil personas pasaron por las cárceles en ese período sin motivos fundados.

Estas brutales intervenciones no pueden abstraerse de un contexto internacional más amplio, dominado por el clima de la Guerra Fría y por el cual los Estados Unidos pretendió asegurarse que en el continente latinoamericano no proliferara el socialismo. Ahora bien, si esta premisa cobró valor en los años sesenta y setenta, es porque en el contexto latinoamericano se activaron una serie de movimientos sociales y políticos e, incluso en ciertos casos, grupos políticos militares revolucionarios, que desafiaron cabalmente los principios de dominación política burguesa y el esquema económico capitalista y propusieron una organización social y política de indole socialista. El Socialismo en Chile, junto con su ala más radicalizada, el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria); el movimiento de liberación nacional de los Tupamaros en Uruguay o las organizaciones políticas y armadas Montoneros y ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) constituyeron desafíos abiertos al sistema político vigente. En este sentido hay que decir que las intervenciones militares tuvieron como uno de sus obje-

tivos centrales neutralizar o mejor, eliminar de raíz estos movimientos. Para hacerlo, contaron en buena medida con el auspicio de los Estados Unidos, como quedó patentemente demostrado en el golpe militar a Salvador Allende, en una escalada que incluyó la conspiración de la CIA en el asesinato del general «legalista» René Schneider, las maniobras desestabilizadoras ejecutadas persistentemente por el canciller estadounidense Henry Kissinger, el financiamiento directo a las patronales ligadas al comercio y el transporte que pusieron en crisis, entre 1972 y 1973, al gobierno socialista, el grueso financiamiento al ejército chileno –después de Brasil, el ejército que más ayuda financiera recibió de los Estados Unidos, a tal punto que a partir de 1965, prácticamente todos los oficiales chilenos pasaron por la formación militar estadounidense– y el reconocimiento y apoyo político manifiesto al golpe militar. El apoyo financiero y político de los Estados Unidos a los ejércitos golpistas también se extendió para los casos argentino, uruguayo y brasileño y constituye un elemento de suma importancia para entender el conjunto de regímenes que dominó a través del terror durante los años sesenta y setenta en el continente.

Finalmente, otro rasgo común de estas intervenciones militares consistió en las transformaciones socioeconómicas que se propusieron llevar adelante. Ante los signos de la crisis del Estado de Bienestar, muchas de estas dictaduras implantaron una serie de reformas de claro corte neoliberal, el caso chileno es paradigmático y explícito, como también lo es el programa que intentó implementar Martínez de Hoz en la Argentina. En Brasil, aunque con más atenuantes, el patrón que

se reitera es la reformulación del Estado de Bienestar. En todos los casos, el modelo económico basado en el consumo interno es cambiado por otro que coloca en la valorización financiera el patrón de acumulación principal.

En síntesis, a pesar de los específicos modos en que se implantaron diversos regímenes autoritarios en los países latinoamericanos durante las décadas del sesenta y setenta, se pueden establecer entre estos fenómenos los siguientes vínculos: (a) se trata de regímenes de larga duración y con pretensión de «institucionalizarse»; (b) utilizan el terror en una magnitud inusitada; (c) cuentan con el aval en ocasiones directo de los Estados Unidos, en el marco de la denominada Guerra Fría y (d) en líneas generales estos regímenes autoritarios decretan la muerte del Estado de Bienestar y son el primer paso de las políticas neoliberales que tendrán continuidad en los países latinoamericanos durante los años ochenta y noventa.

¿EN QUÉ CONSISTIÓ EL PLAN CÓNDOR?

El Plan Cóndor fue una operación organizada, a mediados de los años setenta, por los Servicios de Inteligencia de varios países latinoamericanos, entre ellos Argentina, Chile, Brasil, Paraguay y Uruguay. El Plan Cóndor tenía varios objetivos: intercambiar información sobre individuos o grupos insurgentes, facilitar la captura de prisioneros políticos que habían logrado escapar de su país de origen y trasladarse a algunos de los países limítrofes, organizar operativos en común –atentados, fusilamientos– contra aquellas personas consideradas peligrosas o que constituían, bajo el prisma de los militares, serios obstáculos para la aniquilación de los «enemigos políticos». El carácter secreto del Plan Cóndor permitió que en las operaciones conjuntas participaran no sólo fuerzas militares sino también paramilitares, convirtiéndose así la región en una suerte de zona liberada para que las diversas fuerzas represivas actuaran con relativa libertad, más allá de las fronteras del país de pertenencia, a los fines de conseguir los objetivos militares propuestos.

Manuel Contreras, jefe de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), es decir, del Servicio de Inteligencia chilena, fue quien concibió el Plan y lo defendió ante sus pares en Argentina, Bolivia, Paraguay, Venezuela y Estados Unidos. Este último país avaló el Plan y contribuyó a



El dictador Jorge Rafael Videla junto a Alfredo Stroessner, dictador de la República del Paraguay entre 1954 y 1989. AGN

su implementación a través de la intervención de la CIA (Agencia Central de Inteligencia) en su coordinación y de la formación de militares y de agentes de inteligencia secretos en la conocida base militar estadounidense en Panamá.

Las víctimas que arrojó este Plan son cuantiosas: miles de militantes y políticos chilenos, argentinos, paraguayos, uruguayos y brasileños resultaron asesinados. Así, en Chile entre 1975 y 1976, según documenta el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, hubo 33 ciudadanos desaparecidos tras ser capturados por agentes de los países limítrofes. También resultaron asesinados el chileno Bernardo Leighton, líder de la Democracia Cristiana de ese país (con la particularidad de que resultó asesinado en Roma, lo cual es índice del alto grado de coordinación entre los servicios de inteligencia de los países comprometidos, al punto que podían actuar con importante eficacia en países de otro continente), el ex ministro chileno Orlando Letelier, el general Juan José Torres, el ex presidente de Bolivia, los legisladores uruguayos Zelmario Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz y Agustín Goyburú, dirigente del Movimiento Popular Colorado de Paraguay. Estos últimos asesinatos se cometieron en Buenos Aires, Argentina.

Si bien existían importantes indicios de la existencia del Plan Cóndor, es en el año 1992 que el juez paraguayo José Agustín Fernández descubre el archivo secreto de la inteligencia paraguaya mientras investigaba el caso de un ciudadano paraguayo —el profesor Martín Almada— que había sido secuestrado y torturado bajo la dictadura de Stroessner. Entre esos archivos, se descubre documentación que revela la existencia del Plan, el

compromiso de Manuel Contreras en su concepción y, en general, los acuerdos entre los servicios represivos de los países latinoamericanos involucrados en la implementación del Plan Cóndor. Esa documentación es conocida con el nombre de «Los archivos del terror». La acción de Martín Almada resultó crucial para el descubrimiento de esta documentación. La remitió al juez español Baltazar Garzón quien, tomando en cuenta los archivos, emprendió una serie de juicios a los responsables de los crímenes de lesa humanidad en Latinoamérica, en una serie de iniciativas que tuvo en el pedido de captura al general Pinochet en Londres su punto más álgido. Por otra parte, los recientemente desclasificados documentos de la CIA avalan la existencia del Plan Cóndor, el consentimiento de los Estados Unidos y la siniestra red de alianzas entre los servicios de inteligencia de los distintos países latinoamericanos.

¿CÓMO FUE VISTA LA DICTADURA EN EL EXTERIOR? ¿CUÁL FUE EL PAPEL DE LOS EXILIADOS?

El modo en que fue considerada la última dictadura argentina en el mundo dependió de una serie de transformaciones geopolíticas cuyo origen se remonta al fin de la Segunda Guerra Mundial y al nuevo contexto de la llamada Guerra Fría. A principios de los años sesenta, la Unión Soviética poseía armas nucleares y la hipótesis de un enfrentamiento directo entre las dos superpotencias se volvió fondo de otras contiendas que pasaron a primer plano. Cuando John Fitzgerald Kennedy (presidente de los EE.UU. entre 1961 y 1963) llegó a la Casa Blanca, el supuesto del gobierno estadounidense era que el Kremlin (la Unión Soviética) intentaría imponer su hegemonía utilizando los movimientos de descolonización, como en Vietnam, y las revueltas populares del Tercer Mundo, como la reciente Revolución Cubana. A partir de entonces, los distintos conflictos locales fueron leídos por el Estado estadounidense como virtuales amenazas dentro del omnipresente conflicto Este-Oeste.

La Doctrina de Seguridad Nacional (*ver pregunta N° 14*) preparada por el gobierno estadounidense para los países del Tercer Mundo, se sirvió de las enseñanzas del Ejército francés elaboradas con el objetivo de sostener el colonialismo en Argelia e Indochina. Los principales cuadros de las Fuerzas Armadas argentinas que

implementaron el terrorismo de Estado fueron formados por especialistas en «guerra contrarrevolucionaria» de origen francés y estadounidense.

La periodista francesa Marie-Monique Robin, haciéndose pasar por una historiadora de derecha, logró entrevistar en 2003 a quien fuera Ministro del Interior durante el gobierno de Jorge Rafael Videla, el general Albano Harguindeguy. Le preguntó:

«- ¿Cuál fue la actitud de Francia durante el proceso?

- Diría que los gobernantes de más alto rango y la jerarquía de más alto nivel nos apoyaban. Pero en el escalafón inferior la cuestión de los Derechos Humanos fue verdaderamente un problema. Sabe, la opinión pública y el mundo en general están llenos de gente que se inclina hacia las ideas progresistas de centroizquierda o socialistas... Por el contrario, Michel Poniatowski, que era Ministro del Interior como yo, estaba completamente de nuestro lado. Además, cuando vino en visita oficial, llegó aquí con cartas de acreditación del Ejército francés para proponernos colaborar e intercambiar información con ellos, algo que efectivamente hicimos.»

Como reconoce el mismo Harguindeguy, los gobernantes de las principales potencias occidentales vieron con buenos ojos a un gobierno de facto que se pro-

ponía aniquilar a los movimientos de izquierda. Hacia 1977, la opinión pública internacional comenzó a conocer en detalle las múltiples violaciones a los Derechos Humanos llevadas adelante por la Junta Militar. Fueron las distintas comunidades de exiliados quienes llevaron adelante las principales campañas de denuncia. Numerosos argentinos que vivieron sus exilios en México, España, Francia, Venezuela, Suecia, Israel, Estados Unidos, Alemania, Italia, Brasil y Perú organizaron distintos grupos dedicados exclusivamente a la denuncia del terrorismo de Estado en Argentina. Provenientes de distintas experiencias políticas hicieron causa común frente a la violación de los Derechos Humanos.

En Francia los grupos originales formados a principios de los setenta por franceses y algunos residentes argentinos fueron el Grupo de Solidaridad con el Pueblo Argentino (GSPA); el Centro de Información sobre Argentina en la Lucha (CISAL) y el Comité para la Defensa de los Presos Políticos Argentinos (CODEPPA). Estos tres organismos en 1975 se unirían en el más importante de todos: el Comité Argentino de la Información y la Solidaridad (CASI). Inicialmente, estos grupos tenían un perfil más bien político de apoyo a los movimientos emancipatorios; en CODEPPA creado en 1972, por ejemplo, participaron algunas figuras sobresalientes de

la cultura de izquierda como Jean-Paul Sartre, Régis Debray o Pierre Paolo Passolini; luego, hacia mediados de los años setenta, prevaleció la denuncia a la violación de los Derechos Humanos. Entre 1964 y 1979 se calcula que en Francia hubo más de 15 mil migrantes políticos latinoamericanos.

Las principales comunidades de exiliados argentinos residieron, por la cercanía cultural y lingüística, en México y España. Hacia 1975 se creó en México la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS); inicialmente la originaron militantes peronistas y de izquierda distanciados de sus organizaciones. Luego, a fines de ese mismo año, fue creado el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) iniciativa llevada adelante por integrantes de la organización Montoneros. En los locales de uno y otro organismo funcionó «La Coordinadora de Derechos Humanos», una instancia más amplia abocada exclusivamente a la denuncia del terrorismo de Estado en Argentina.

El gobierno mexicano, desde muy temprano, abrió las puertas a los perseguidos políticos, una tradición característica del pueblo mexicano, por lo menos desde la época de la Guerra Civil Española. Especialmente el tema de los refugiados políticos fue uno de los más conflictivos entre el gobierno de México y la dictadura argentina. El caso más resonante fue el del ex presidente Héctor Cámpora, quien, tras el golpe de Estado, se refugió en la embajada mexicana esperando un salvoconducto para exiliarse. El gobierno de la Junta Militar no le concedió la salida sino hasta 1979 cuando ya estaba gravemente enfermo. Estuvo tres años virtualmente preso en la embajada junto a su hijo, donde

también estaba Juan Manuel Abal Medina, el ex secretario general del Movimiento Peronista y otras trece personas más.

En el exilio mexicano hubo importantes debates políticos e intelectuales a propósito del destino del país, fueron editadas revistas y se realizaron encuentros culturales; cada información nueva sobre la Argentina era devorada por quienes habían sido forzados a partir.

En España sobresalió la actuación de la Comisión de Solidaridad de Familiares de Desaparecidos, Muertos y Presos Políticos (COSOFAM) creada en 1978 en el contexto del campeonato Mundial de Fútbol realizado en Argentina. La atención concitada por el Mundial conmovió a las distintas comunidades de exiliados que aprovecharon el efecto mediático para dar a conocer al mundo las violaciones a los Derechos Humanos en la Argentina.

En nuestro país, los militares y otros sectores del poder denunciaron que los exiliados estaban desplegando una «Campaña antiargentina». «El Mundial de Fútbol de 1978 es un reto para poder presentar al mundo la imagen auténtica de nuestra patria y no la que suministraban –y suministran– los mal llamados argentinos que no pueden ser compatriotas, al cubrir con oscuros telones la cabal fisonomía argentina», declaró el brigadier Osvaldo Cacciatore en *La Nación*, el 29 de junio de 1978. El intendente de la ciudad de Buenos Aires explicaba el uso que la dictadura quería darle al campeonato frente al contexto de denuncias internacionales. En este contexto realizaron un operativo de prensa a nivel internacional para contrarrestar el impacto que los organismos de Derechos Humanos estaban teniendo en

la opinión pública mundial. Consignas, con un alto nivel de cinismo, como «Los argentinos somos derechos y humanos» y los operativos llevados adelante por distintos medios periodísticos como el de la revista *Para Ti* que les proponía a sus lectoras que enviaran postales al exterior mostrando las bondades del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional».

En Francia un grupo de militantes de izquierda, principalmente de origen francés, creó el Comité de Boicot a la Copa del Mundo en la Argentina (COBA). El Comité, además de realizar numerosas actividades, llegó a editar un periódico que vendió más de 120 mil ejemplares en los primeros meses de 1978. Tenía una consigna: «¿El mundial de fútbol previsto en Argentina en junio de 1978 se hará entre los campos de concentración?». El COBA exigía el cambio de la sede del Mundial o que el equipo francés no participara sino hasta que fueran liberados todos los presos políticos, los desaparecidos y fueran reestablecidas las libertades. A pesar de la amplia difusión de las actividades del COBA, los organismos de exiliados no participaron en sus actividades de manera oficial, pero sí lo hicieron muchos en forma individual.

En México, el domingo que la selección argentina superó a la holandesa, la colonia en el exilio organizó una manifestación iniciada en la librería «Gandhi», donde estaban viendo el partido, que recorrió la Avenida Insurgentes de sur a norte culminando su recorrida por algunos de los principales diarios, al canto de: «Milicos asesinos / del pueblo argentino», «Videla-Viola, no rompan más las bolas», «Se va a acabar / la dictadura militar».

Por último, una acción que tuvo éxito fue el boicot en el ámbito científico. En ocasión del Congreso Mundial

del Cáncer que se iba a celebrar en Argentina entre el 5 y el 12 de octubre de 1978, el COBA también desplegó una campaña de desprestigio que tuvo efectos sobre el evento ya que distintos especialistas en la materia decidieron no participar.

En 1979, gracias a estas campañas de denuncia, apoyadas por el gobierno estadounidense del demócrata James Carter, se presentó en Argentina la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para investigar los centros de detención, el estado de los prisioneros políticos y la situación de los desaparecidos. La comisión de la Organización de Estados Americanos, tras visitar nuestro país, fijó el número de desaparecidos en 7500, en el exilio ya hablaban de más de 15 mil.

En 1980, Adolfo Pérez Esquivel, presidente del Servicio de Paz y Justicia, y firme defensor de los Derechos Humanos en Argentina, tras realizar un sinnúmero de denuncias públicas sobre lo que acontecía en Argentina, recibió el Premio Nóbel de la Paz.

Por último, el otro acontecimiento que conmovió a todas las comunidades de exiliados y a la opinión pública internacional fue, sin lugar a dudas, la guerra de Malvinas.



Afiche de Cosofam por la solidaridad con los detenidos desaparecidos en América Latina, La Haya. Familiares

¿QUÉ PASÓ EL 2 DE ABRIL DE 1982? ¿CÓMO SE VINCULA LA GUERRA DE MALVINAS CON LA DICTADURA?

El 2 de abril de 1982 la dictadura sorprendió con una noticia inesperada: una fuerza militar conjunta desembarcó en las cercanías de Port Stanley –al poco tiempo rebautizado como Puerto Argentino– y recuperó las islas Malvinas luego de breves combates, en los que hubo muchos argentinos.

¿Cómo explicar la decisión de la Junta Militar de desembarcar en las islas Malvinas? Una interpretación corriente sostiene que fue una tentativa de perpetuarse en el poder ante un desgaste cada vez más evidente. Si bien esta interpretación es correcta, no explica por qué, de entre todas las políticas posibles para generar consenso, el gobierno de facto eligió ocupar las islas. Ni tampoco responde por qué optó por la alternativa militar del desembarco en lugar de apelar a otras formas posibles de recuperación.

Antes de responder estos interrogantes cabe dar cuenta del nivel de desgaste del gobierno militar después de cinco años en el poder. En 1981, el presidente de facto, Roberto Eduardo Viola, había intentado algunas medidas de apertura. Consideraba que eran tiempos de «cosechar los frutos» y suponía que ya se había «ganado la paz» y por eso, por ejemplo, sólo quedaban en funcionamiento dos centros clandestinos de detención (la ESMA y Campo de Mayo). Sin embargo,

la realidad era otra: caía la tasa de inversión, la inflación crecía, se producían devaluaciones y la recesión era evidente. La política económica comenzaba a mostrar sus efectos negativos, los intentos de control inflacionario y cambiario eran criticados por el establishment económico. Y las propias Fuerzas Armadas comenzaban a cuestionar al gobierno de Viola, ya que no sólo ponía en peligro la credibilidad del gobierno, sino su continuidad.

En julio de 1981 se conformó la Multipartidaria, un espacio que incluía a los partidos políticos tradicionales cuyo objetivo era mantener un diálogo con la Junta en busca de la recuperación del Estado de derecho. Estaba conformada por la UCR (Unión Cívica Radical), el PJ (Partido Justicialista) y otras fuerzas de menor peso como el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Intransigente.

Las denuncias de los organismos de Derechos Humanos, aunque tenían fuerza en el plano internacional, eran permanentemente arrinconadas por la dictadura. Las acciones de los familiares de las víctimas eran visibles, pero estaban confinadas a la Plaza de Mayo y a escasas intervenciones en la prensa. Las denuncias cobraron un impulso importante en 1980 cuando le otorgaron el Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel del Servicio de Paz y Justicia, uno de los orga-

nismos de Derechos Humanos que reclamaban por los desaparecidos.

El movimiento obrero, por su parte, tras haber sido arrasado por la represión, se encontraba dividido en dos fuerzas: la CNT conducida por Jorge Triaca, de fuertes lazos con el gobierno militar, y la CGT Brasil, conducida por Saúl Ubaldini. El primer paro nacional se realizó en abril de 1979.

El 30 de marzo, tres días antes de que anunciaran el desembarco en Malvinas, la Confederación General del Trabajo (CGT) convocó a una concentración masiva en Plaza de Mayo para repudiar a la dictadura, pero no pudo llegar hasta la plaza y fue duramente reprimida. Hubo más de mil quinientos detenidos y muchos argentinos tuvieron oportunidad de entonar una consigna que cada vez comenzaba a escucharse con mayor frecuencia: «Se va a acabar/ se va a acabar/ la dictadura militar».

Pero, ¿por qué se apeló a la causa Malvinas para resolver el desgaste? Desde la implementación del golpe, una de las formas de generar consenso y legitimar el terror fue apelar al discurso nacionalista: apropiarse de los símbolos nacionales y describir al enemigo como un «agente externo» de la «infiltración marxista internacional». Del repertorio de símbolos nacionales, la cau-

sa Malvinas había sido la que a lo largo del siglo más adhesiones había despertado entre las más diversas posturas políticas.

Y ¿por qué la opción elegida fue el desembarco? En diciembre de 1981, cuando Viola fue reemplazado por Leopoldo Fortunato Galtieri, Comandante en Jefe del Ejército, se supo que el cambio había sido producto de un acuerdo con el almirante Jorge Isaac Anaya, que incluía el apoyo del Ejército para la recuperación de la soberanía argentina en las islas Malvinas, un objetivo que los marinos venían desarrollando desde 1950.

A mediados de diciembre de 1981, Galtieri dio instrucciones a su canciller para que iniciara una fuerte campaña diplomática para la recuperación de las islas, mientras un grupo reducido de oficiales planificaba la opción militar. Si las gestiones diplomáticas no prosperaban, entonces el operativo militar debía hacerse de manera sorpresiva para producir un acontecimiento que torciera la negociación. En estas especulaciones nunca fue contemplada la posible respuesta militar británica. Las acciones debían llevarse adelante durante 1982, ya que el 3 de enero de 1983 se cumplirían los 150 años de la ocupación británica.

El 16 de marzo de 1982 en Puerto Leith, en las islas Georgias del Sur, sucedió una anécdota que tuvo que ver con la escalada del conflicto: un grupo de obreros argentinos que había sido trasladado allí para desmontar las instalaciones de un astillero realizó un gesto provocador, izó la bandera nacional y realizó unos disparos al aire. Los integrantes del British Antarctic Survey ordenaron arriar la bandera e informaron del hecho al gobernador de las Malvinas, Rex Hunt, quien le pidió a



Guerra de Malvinas. Soldados argentinos en un comercio local comprando postales para enviar a sus familias. Memoria Abierta. Daniel García.

su gobierno la expulsión de los obreros. Gran Bretaña exigió que los empleados de Constantino Davidoff, el empresario argentino a cargo de las tareas en el astillero, se retiraran.

Ante la amenaza británica de actuar por la fuerza, un grupo comando argentino, «Los Lagartos», conducidos por Alfredo Astiz –integrante de los grupos de tareas de la ESMA– desembarcó en las islas para defender a los obreros argentinos. Y lo hizo en una fecha simbólica, el

24 de marzo de 1982, el día del aniversario del golpe.

Entre el 20 y el 26 de marzo se produjo una escalada en el conflicto: Margaret Thatcher autorizó el envío del buque «Endurance» a las Georgias con el fin de desarmar a la dotación argentina, lo que provocó que la Junta Militar se decidiera por lanzar la operación del desembarco en las islas. Si bien parece haber sido Anaya quien más firmemente impulsó esta decisión, no hay registro de oposición por parte del resto de los co-

mandantes. Esta medida se tomó el 26 de marzo, días antes de la movilización de la CGT. El desembarco en las islas, finalmente, se produjo el 2 de abril.

Existen buenos motivos para creer que, originalmente, el objetivo de la operación argentina era causar la expulsión de la guarnición británica y forzar al gobierno de ese país a negociar la soberanía de las islas. Sin embargo, esta intención revela una pobrísima lectura por parte de la Junta Militar de las relaciones de fuerzas de ambos países. Los éxitos iniciales de las primeras maniobras y las movilizaciones masivas de apoyo a la recuperación de las islas provocaron, entre otras razones, la decisión de convertir al desembarco en el primer episodio de la guerra de Malvinas.

En líneas generales, la población apoyó la recuperación. Hubo movilizaciones espontáneas y otras organizadas en diferentes lugares del país. Este apoyo se concentró, sobre todo, en la figura del grueso de los soldados que estaban siendo enviados a Malvinas: los conscriptos de las clases 62 y 63, muchachos de entre 18 y 19 años, bautizados tempranamente como «los chicos de la guerra». Se empaquetaron y enviaron donaciones y los niños y los adolescentes enviaron cartas de apoyo, desde las escuelas, dirigidas a un genérico «Soldado Argentino».

El apoyo a la operación en Malvinas no implicaba necesariamente un apoyo a los jefes militares, para muchos argentinos, incluso para quienes habían sido víctimas de la represión militar y se encontraban en el exilio, Malvinas significaba un símbolo de despojo imperialista y, por ende, una causa justa. Para muchos de ellos, como para varias generaciones precedentes,

recuperar las Malvinas era un punto de partida para recuperar la nación.

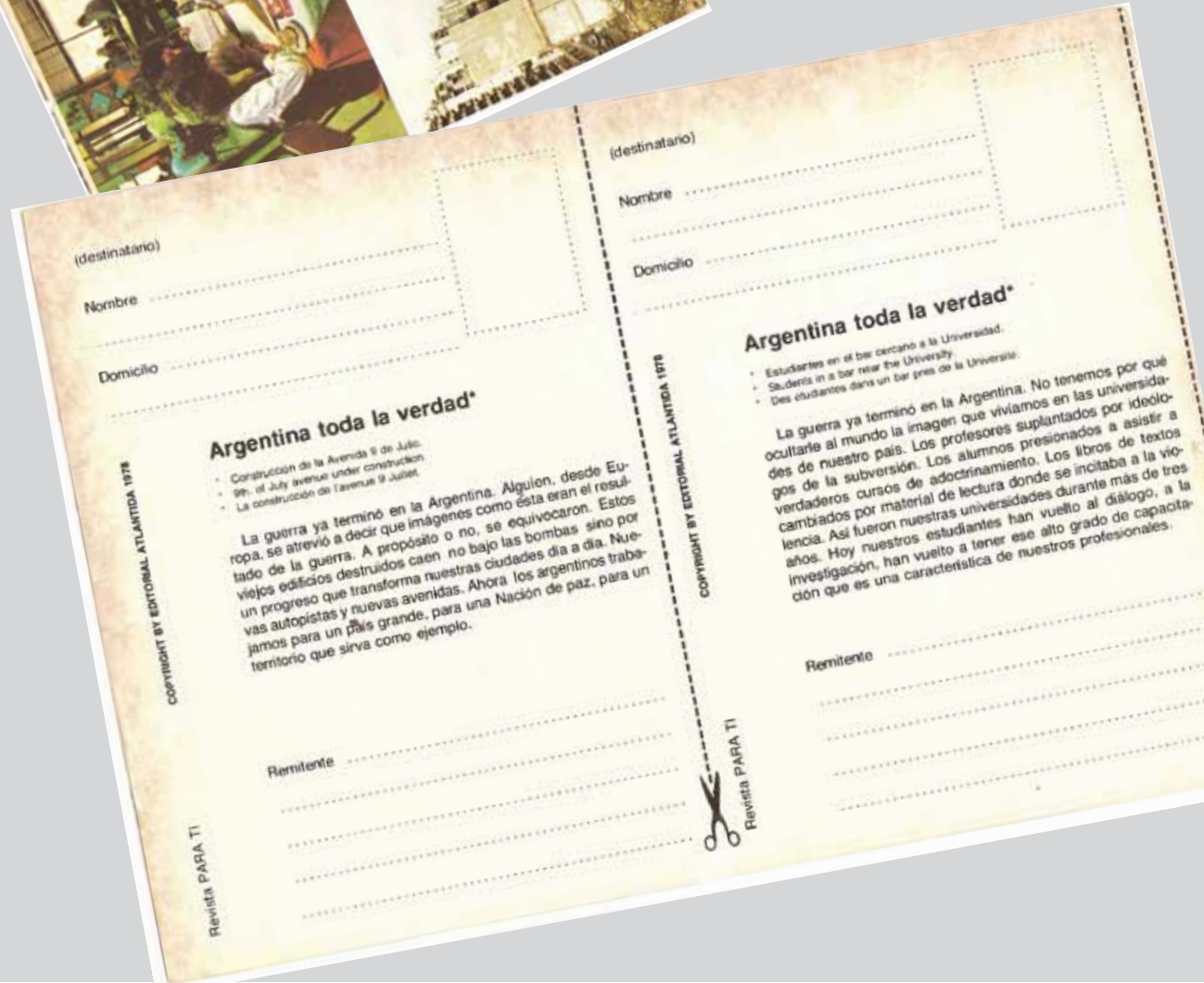
Sin embargo, a medida que transcurría la guerra y las afirmaciones triunfalistas que transmitían los medios de comunicación se tornaban insostenibles, el clima favorable a la ocupación de las islas devino en incertidumbre y, con la rendición final de las tropas argentinas en junio de 1982, esa incertidumbre se transformó en bronca colectiva.

La guerra de Malvinas duró setenta y cuatro días. En ella murieron 649 soldados argentinos (323 en el hundimiento del buque Gral. Belgrano y 326 en combate en las islas) y 285 británicos; los heridos superaron los mil para el caso argentino y setecientos en el británico. Más de 350 ex combatientes argentinos se suicidaron desde el fin de la guerra hasta nuestros días.

Fuentes

I. Postales *Para Tí*

El papel de la prensa durante la última dictadura tuvo casos de abierto apoyo al régimen. La revista *Para Tí* publicó, en el contexto de las denuncias internacionales contra la represión en Argentina, una serie de postales en las que le pedía a sus lectoras que escribieran a distintas direcciones en el exterior argumentando en contra de las denuncias. Los editores de la revista suplantaron las tarjetas donde periódicamente publicaban recetas de cocina por postales con fotografías de distintos eventos «bien vistos» por la comunidad internacional. La campaña llevaba por título: «Defienda su Argentina».





(Revista Para Ti, 7 de agosto de 1978, N° 2926 y 14 de agosto de 1978, N° 2927, Buenos Aires.)

(destinatario)

Nombre

Domicilio

(destinatario)

Nombre

Domicilio

Argentina toda la verdad*

*La medicina en la Argentina: los hombre y la tecnica.
Men. medicine and technology in Argentina.
La medecine en Argentina: les hommes et la technique.

La guerra ya terminó en la Argentina. Y fue dura. La subversión llegó con su violencia absurda hasta nuestros hombres de letras, nuestros deportistas, nuestros artistas, nuestros científicos. Y ellos también tuvieron que luchar. No sólo peleamos los argentinos contra el crimen a traición y el atentado, sino también en las universidades, en los colegios, en las fábricas, en cualquier lugar donde el enemigo estuviera trabajando para terminar con nuestra libertad e imponer su bandera. Si prefiere dudar, no venga. Si quiere creerlos, lo invitamos. Podrá reconocer un gran país. Una nación que ama la libertad, pregonera la paz y de un tiempo a esta parte la practica.

Remitente

.....

.....

.....

Argentina toda la verdad*

* Avenida Nueve de Julio y los festejos del Mundial '78.
L' Avenue Nueve de Julio et la celebration de la Coupe du Monde.
Foot ball World Cup celebration at Avenue 9 de Julio.

La guerra ya terminó en la Argentina. El país entero festejó el triunfo en la Copa del Mundo. Fue otro ejemplo. No hubo muertos ni heridos ni policías ni tanques. Cada uno de esos hombres y mujeres salió a la calle a decir lo que sus corazones necesitaba. Y responder así a un boicot que el mundo destruía la imagen del país. Una imagen que esperamos sepan reconocer, era falsa. Porque la Argentina es hoy, sobre todas las cosas, un país de paz.

Remitente

.....

.....

.....

Revista PARA TI

II. Testimonios de exiliados

A continuación reproducimos una serie de testimonios que permiten acercarse a la experiencia del exilio. Los nombres propios de los testificantes no fueron incluidos por la autora del libro de donde fueron extraídos como un modo de permitir mayor libertad a la hora de dar cuenta de las experiencias.

«Yo la pasé muy mal, me empeciné en no hablar, me manejaba sólo con lo mínimo [señalando con el dedo]: ça, ça, ça [eso, eso, eso] (...) Me producía antipatía, no toleraba...que me hicieran repetir porque no pronunciaba correctamente. Me pasaron cosas como hacer la cola para un trámite y como no me entendían...«el siguiente», hacer la cola de nuevo y volver a preguntar todo de nuevo...Esa sensación de humillación y de sentir que no es tu país, viste, no quiero estar acá, yo no lo elegí...» (F.A., 21 de agosto de 2003, Buenos Aires.)

«Comencé a estudiar de nuevo. Bueno, fue un período personal muy difícil, una opción de vida. Qué hacer de mi vida. En la Argentina se cerraba la puerta. Yo no venía para estudiar aquí [Francia], para trabajar tampoco, venía para volverme lo antes posible, lo que todo el mundo pensaba, porque yo creo que la mayoría del exilio no invirtió mucho en formarse aquí. Debe ser el exilio más traumatizado; de todos los argentinos que yo conozco muy pocos estudiaron y terminaron sus estudios, la mayoría, quienes estaban formados tenían muchas dificultades para invertir personalmente en el estudio, todos tenían trabajos descalificados por su nivel de formación...digo, yo iba a pasear perros y no me importaba porque la perspectiva no era vivir y pasear perros en Francia, sino esperar para volver. (...) Moralmente [muchos] después de la derrota se sentían muy mal, creo que no podían invertir estudiando, a mí me costó mucho, hacer la especialidad en medicina, decirme que mi vida la iba a hacer aquí, tal vez... sentía como una traición de buscar trabajo, mejorar mis condiciones materiales, me decía que mis compañeros estaban presos, desaparecidos y que vivían muy mal en Argentina [...] yo conocía una psicóloga argentina que me ayudó, ella, por ejemplo, no vino con una militancia, vino para trabajar, vino con miedo de la Argentina, entonces llegó y al otro día buscaba trabajo, cursos de francés, buscaba... integrarse por el trabajo. Y nosotros los militantes no nos integrábamos por el trabajo, teníamos el trabajo justo para comer. Yo vivía con dos montoneros de grupos agrarios, iban al mercado a juntar frutas podridas, todo lo que quedaba, y hacíamos una fiesta con eso. Bueno, no es una perspectiva de vida. Eso nos permitía pasar el momento, vivir sin plata y poder militar, activar. Cuando comencé a estudiar los compañeros me decían...que qué carajo hacía estudiando, “no venís acá para tener un diploma...”

Entonces yo creo que esa es la dificultad de los argentinos... hay dificultades reales en Francia, pero al darle la espalda a Francia y mirar hacia la Argentina no buscaban la integración y yo creo que toda tentativa de integración

de la gente lo veían como una traición al objetivo principal de la vida que era la revolución en la Argentina. Entonces un tipo que “se quebró”, que “traicionó”, que “largó”, que “se fue”, que “se perdió”, no sé todo lo que se podía decir... el hecho de vivir marginal daba una seguridad.

Los del ERP, Poder Obrero, cristianos, igual; todos los que tenían esa actitud de vivir en una micro Argentina aquí con la perspectiva del enemigo militar en la Argentina, y toda la energía volcada..., evidentemente no tenían energía suficiente para volcarla hacia la integración por el estudio, el trabajo y mejorar su situación material.

Era una cosa medio lógica, si la gente invertía todo su tiempo y su energía para la Argentina no lo consagraba a otra cosa. Es una lástima al mismo tiempo no haber aprovechado Francia para formarse, no había moral para eso.» (O.U., 23 de abril de 2003, París.)

«Cuando llegué se me cayó todo, encontrar un país donde tenía miedo de salir a la calle, ¡yo tenía miedo de tomar el bus!, miedo en el sentido de estar encerrado, en depresión, con el frío, la nieve afuera... pasaban los días y, viste, se te iba cayendo. El viaje quedaba atrás... te levantabas al otro día y estabas pensando en la Argentina todo el día, todo el día en volver, todo el día en volver; todo lo que te contaban era secundario, todo el día era: “yo voy a volver, de todas maneras, yo voy a volver”, repitiendo eso todo el día.» (P.W., 26 de marzo de 2005, París.)

«Las sensaciones son muy de alivio... y cuando llegamos... me paseaban por París y a mí no me importaba nada. Es otra etapa, tenés una especie de euforia porque estás a salvo, porque estás vivo, porque podés hacer proyectos, porque empezás a pensar que vas a buscar trabajo, aprender un idioma... todo eso a mí me parecía muy realizable, nunca fue algo de un gran peso.» (S.J., 12 de mayo de 2004, Grenoble.)

«Entonces eso hizo que la vida en el exilio fuera muy dura...comenzar a vivir en un país del que no conocía ni siquiera la lengua..., empezar de cero...Contrariamente a eso que muchos argentinos creen, la vida fue muy dura durante diez años, sobre todo hasta que los chicos fueron grandes. Lo único que yo quisiera remarcar es que el exilio es muy muy duro...» (J.V., 28 de marzo de 2003, París.)

(Marina Franco, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.)

III. La guerra de Malvinas vista a la luz del Informe Rattenbach

En 1982, una vez terminada la guerra de Malvinas, durante el gobierno de Reynaldo Bignone, una comisión creada por la propia dictadura fue designada para desarrollar una investigación sobre el desempeño de las Fuerzas Armadas durante el conflicto. El resultado de ese trabajo dio origen al Informe Rattenbach, un documento que presentaba las conclusiones elaboradas por la comisión investigadora. El informe calificaba a la guerra de «aventura militar» y era contundente a la hora de probar que durante el conflicto había primado la improvisación. Para trabajar en estos problemas sugerimos como fuente un extracto del libro Malvinas. Gesta e Incompetencia del Teniente General Martín Balza. Allí se retoman las conclusiones del Informe Rattenbach y, sin obviar los comportamientos heroicos que hubo en las islas, se subrayan las severas falencias que existieron en la conducción de la guerra.

«* El planeamiento estratégico –en lo político y lo militar– no se basó seriamente en lo que el Reino Unido se hallaba en capacidad de hacer como respuesta a la ocupación en las islas. En ningún documento se encontraron “los supuestos” para encarar la confección de un plan o una directiva. Sin embargo, resulta claro que la Junta Militar aceptó, erróneamente, dos suposiciones que afectaron todo tipo de decisiones posteriores al 2 de abril. Estas fueron:

- El Reino Unido sólo reaccionaría por la vía diplomática ante la ocupación de las islas. En caso de recurrir al uso de su poder militar, lo haría en forma disuasiva, sin llegar a su empleo real;
- Los Estados Unidos ayudarían a la Argentina o serían neutrales. Nunca permitirían una escalada militar del conflicto y obligarían a las partes a negociar.

El proceder de la Junta marginó las más elementales normas de planificación contenidas en los reglamentos para el trabajo de los Estados Mayores; ello se puso en evidencia antes, durante y después del conflicto, y fue condicionante para que los Comandos subordinados confeccionaran planes superficiales, incompletos y, más aún, incumplibles.

No se previó ni se planificó qué hacer ante la reacción británica de emplear su potencial militar recibiendo apoyo de otros países, muy especialmente de Estados Unidos, y se pasó del “ocupar para negociar” al “reforzar e ir a la guerra”. Sustancial diferencia y máxima insensatez, al descartar lo posible buscando lo inalcanzable. (...)

* La Inteligencia Estratégica –nacional y militar– careció de solidez, pues desde décadas anteriores, y particularmente a partir de la década de los setenta, estuvo orientada al “caso Chile” en lo externo y, prioritariamente, a la subversión en el marco interno. Los jefes de inteligencia de las Fuerzas Armadas sólo tomaron conocimiento de la operación Rosario cuando ésta se inició. (...)

* La organización para el combate de la Guarnición Militar Malvinas –a órdenes del general Menéndez– evidenció dispersión de esfuerzos, unidades asignadas en forma no proporcional, poco correcto aprovechamiento del terreno, superposición del mando e inadecuada acción conjunta de las Fuerzas. De los 9 regimientos de infantería disponibles en las islas, sólo cuatro combatieron en forma efectiva (RI 4, RI 7, RI 12, BIM 5) y parcialmente sólo dos (RI 6 y RI 25); se desaprovechó la capacidad de los últimos regimientos citados y no participaron en las acciones el RI 3, RI 5 y RI 8 (los dos últimos en la Gran Malvina). Esto favoreció a los británicos aplicar su táctica metódica y doctrinaria: “concentración del ataque en el punto más débil”, aprovechando su mayor poder de combate, movilidad y libertad de acción.

* Los miembros de la Junta Militar y otros altos mandos que visitaron las islas y se fotografiaron en ellas antes de que se iniciara la guerra se “borraron” cuando comenzó el ruido de combate y silbó la metralla. No asumieron su responsabilidad ante la derrota, iniciaron un proceso de “desmalvinización” y no rescataron los valores de la gesta. Buscaron chivos expiatorios entre los jefes que combatieron; muchos generales olvidaron que no podían justificar y eludir sus responsabilidades por la batalla perdida, e invocaron estériles argumentos, como decir que, contrariamente a su voluntad, tuvieron que “cumplir órdenes” de Galtieri. En ese caso, les quedaba el camino de la “desobediencia debida” que no se produjo. (...)

* ¿Constituimos un Ejército en Malvinas? En mi opinión no, en el estricto sentido conceptual. En la realidad constituimos un agrupamiento de unidades y de entusiastas hombres armados, sin haber tenido la oportunidad de adiestrarnos previamente en conjunto, con las otras Fuerzas Armadas. Numéricamente se empleó menos del 10 por ciento de la capacidad operativa que tenía el Ejército. Algunas unidades poseían un bajo nivel de instrucción; aún así, no se dudó en enfrentar a un enemigo experimentado, que puso en práctica un axioma del mariscal ruso Suvorov, que en el siglo XVII expresó: “Adiestramiento duro, combate fácil”.»

(Martín Balza, *Malvinas, gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.)

IV. Operativo Clamor

La lucha de los organismos de Derechos Humanos tuvo un fuerte impacto en el exterior. La visibilidad y la buena recepción que encontraron en muchos países fortaleció su posición interna y los ayudó en su búsqueda, como muestra este fragmento del primer caso de recuperación de dos nietos, con la ayuda de la organización brasileña CLAMOR.

«Frente a la indiferencia y el aislamiento, las Abuelas cambiaron de estrategia. Armaron una carpeta que incluía casos con las fotos de cada uno de los chicos desaparecidos o la de sus padres y una pequeña historia de cada niño o embarazada secuestrados, y la enviaron a distintas personas dentro y fuera del país. Armaron además carpetas individuales y también las mandaron, o sea que cada destinatario recibió cerca de un centenar de carpetas. “Si había un nieto ya nacido, poníamos una fotografía. Si la mujer estaba embarazada poníamos cuántos meses de gestación tenía. Estas carpetas empezaron a funcionar muy bien porque al poquito tiempo empezamos a salir al extranjero y se las repartíamos a todo el mundo”, cuenta Rosa Tarlovsky de Roisinblit, hoy vicepresidenta de Abuelas. Rosa se sumó al grupo luego de la desaparición de su hija Patricia, el 6 de octubre de 1978, embarazada de ocho meses. En abril de ese año las Abuelas habían mandado una carta a la Organización de los Estados Americanos (OEA), el principal foro multilateral del continente, pero nunca obtuvieron respuesta. Comenzaron a sospechar que muchas de sus cartas no salían del país. Por eso mandaron una vez más la carta a la OEA, pero esta vez desde el exterior. En diciembre las Abuelas recibieron una respuesta de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, en la cual informaban que se hacían cargo del problema de los niños desaparecidos. Alguien las escuchaba.

Una de las funciones de la CIDH es recibir, analizar e investigar peticiones individuales que alegan violaciones de los Derechos Humanos como así también realizar visitas a los países miembros para inspeccionar. Con este objetivo una delegación de ese organismo visitó la Argentina en septiembre de 1979. “Por creer que el derecho a la seguridad es un derecho humano que el Estado debe proteger, los argentinos recibimos hoy la visita de la CIDH. Esto es lo malo. Que están aquí porque somos derechos y humanos”, se podía leer en una nota firmada por Guicciardini, seudónimo de Mariano Grondona, en *El Cronista Comercial*. Se armaron largas colas de familiares que iban a entregar sus denuncias. Las Abuelas aportaron sus archivos a la nómina de 5.566 casos de desaparición que presentaron los organismos. Y en octubre se lanzaron al mundo a difundir su búsqueda. Los datos recogidos en los viajes demostraron la existencia de un plan sistemático de apropiación de bebés que incluía maternidades clandestinas, personal médico y listas de espera de personas dispuestas a “adoptar” hijos de desaparecidos.

Uno de los primeros destinos fue Brasil. Allí se contactaron con el Comité de Defensa de los Derechos Humanos en el Cono Sur (CLAMOR), dependiente del Arzobispado de San Pablo, y recogieron testimonios de sobrevi-

vientes que confirmaban los nacimientos en cautiverio. “Algunos tenían la memoria bloqueada, pero otros se acordaban de todo –detalla Estela Carlotto–. Fuimos acumulando información, y nietitos que eran apenas una sombra empezaron a tener sexo y fecha de nacimiento”. Copiaron los datos en papel de seda y los ingresaron a la Argentina envueltos en una caja como si fueran bombones. “¿Quién iba a sospechar de las viejitas que traían chocolates?”.

Gracias a los archivos de CLAMOR la Abuela Angélica Chimeni de Bauer, de la localidad bonaerense de Ayacucho, supo que su nuera –Susana Beatriz Pegoraro– secuestrada junto a su padre el 18 de junio de 1977 en la estación Constitución de Capital Federal, había tenido una niña. Angélica había estado tres años paralizada por el miedo. “Pero en el 79 empecé a buscar, me encontré con una Madre de La Plata y ella me dio la dirección de Madres de Buenos Aires, y de ahí me fui a Abuelas”, recuerda. Angélica había perdido a su hijo, desaparecido el 18 de junio de 1977. En agosto de 1979, también con la ayuda de CLAMOR, las Abuelas localizaron en Chile a los hermanos Anatole Boris y Victoria Eva Julien Grisonas, secuestrados el 26 de septiembre de 1976 junto con sus padres, Victoria Lucía Grisonas y Mario Roger Julien –aún hoy desaparecidos– en el partido de San Martín, provincia de Buenos Aires. Anatole y Victoria hacía tres años que habían sido adoptados por un matrimonio que desconocía sus orígenes. Esta pareja los había pedido en guarda después de que los niños fueran encontrados abandonados en una plaza en Valparaíso en diciembre de 1977. Los her-

manos continuaron viviendo con sus padres adoptivos pero en estrecha relación con su familia biológica.

La restitución de Anatole y Victoria llenó de esperanzas a las Abuelas. Pero también de preocupación: sus nietos podían estar en cualquier parte, ya que las apropiaciones estaban enmarcadas, además, en el Plan Cóndor, la operación de inteligencia y coordinación entre los servicios de seguridad de las dictaduras militares del Cono Sur –Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia– y la CIA, cuyo objetivo central era eliminar a quienes se oponían a esas dictaduras.»

(Historia de abuelas 30 años de búsqueda, Abuelas de Plaza de Mayo, 1977-2007, Buenos Aires, 2007.)

Si tenés dudas sobre tu identidad llámá a las Abuelas: (011) 4384-0983

**Abuelas de Plaza de Mayo, Virrey Cevallos 592 (P.B.1)
(C.P. 1097) Buenos Aires. Argentina - E-mail: dudas@org.ar**

V. Poemas del exilio de Juan Gelman

Esta serie de poemas fueron escritos por el poeta y periodista argentino Juan Gelman durante su exilio en Roma. Fueron publicados junto a una serie de ensayos del historiador Osvaldo Bayer en un libro titulado Exilio. En cada poema Gelman indicó la fecha y el lugar de escritura. La literatura, en este caso, funciona como otro modo de acercarse a la experiencia de quienes fueron forzados a salir del país durante la última dictadura.

«I.

Es difícil reconstruir lo que pasó, la verdad de la memoria lucha contra la memoria de la verdad. Han pasado años, los muertos y los odios se amontonan, el exilio es una vaca que puede dar leche envenenada, al menos algunos parecen alimentados así.

En la colonia exiliar argentina predomina la apatía política y de otro tipo. Se trabaja o no, se estudia o no, se aprende o no, se aprende el idioma del país en el que se está o no, se reconstruye la vida o no. Las mujeres pasan como ríos, se las quiere o no, se las conserva o no.

La necesidad de autodestruirse y la necesidad de sobrevivir pelean entre sí como dos hermanos vueltos locos. Guardamos la ropita en el ropero, pero no hemos deshecho las valijas del alma. Pasa el tiempo y la manera de negar el destierro es negar el país donde se está, negar su gente, su idioma, rechazarlos como testigos concretos de una mutilación: la tierra nuestra está lejana, qué saben estos gringos de sus voces, sus pájaros, sus duelos, sus tormentas.

Son muy distintos a nosotros. No se preocupan verdaderamente de nosotros. No sufren la injusticia que nos pasó a nosotros. Es un problema de ellos, pero nos afecta a nosotros. Como si el diálogo entre extranjeros sobre algo aparentemente comprensible –el dolor de los unos– viniera envuelto por parte de los otros en pudores, candores, paternalismos, usos.

No nos vamos a poner de acuerdo nunca. Y seremos muchas veces injustos, tomando la humildad por soberbia, la reserva por falta de compromiso, la voluntad de no herir por la voluntad de no saber.

Así estamos de enfermos. Buscaremos compromisos con el Museo del Prado, con Santa María Maggiore, la Place de la Contrescarpe, el Paseo de la Reforma, las escaleras mecánicas de Caracas, el Hyde Park de Londres. Son compromisos de idiota y duran una idiotez. La maravilla pasa, el dolor queda. Como el fuego del alma, queda.

Queda.

¿Acaso el cielo no es el mismo? El cielo no es el mismo. ¿Dónde estará la Cruz del Sur sino en el sur? ¿No es el mismo sol? No: ¿acaso ilumina a Buenos Aires? Lo hace horas después, cuando yo ya no estoy. Color de cielo otro, lluvia ajena, luz que mi infancia no conoce.

Las voces del rocío se parecen a las voces del rocío. Una pequeña lengua lame y las diferencia, las distancia. Mi

rocío del sur o cabellera o cristalina madrugada sobre los pechos del combate. No rocía lo mismo sobre el Mercado Común Europeo, el más común de los mercados.

Todos los hombres son humanos y lo que cabe en mí, debería caber en los demás. Y viceversa, porque todos los hombres son humanos. Quepámonos, humanos. Que quepa en mí el extraño mundo alrededor, sus egoísmos justificados, su decencia a parquímetro, su honradez de consumo, su fino individualismo brutal, su amor triste, la suciedad de sus higienes. Apenas tengo que ofrecerle los rayos de luz que iluminaban el combate por la dicha, las generosidades de la muerte, es decir, de la vida, los estallidos de la dicha, esta derrota por ahora.

Revolvamos la tierra con las manitas juntas. A lo mejor crece una planta de los dos rostros, que necesita agua de los dos, y mira dos distancias a partir de la misma soledad. Así estaremos juntos, verdaderamente.»

Roma, 9 de mayo de 1980

«V.

de los deberes de exilio:
no olvidar el exilio/
combatir a la lengua que combate al exilio/
no olvidar el exilio/o sea la tierra/
o sea la patria o lechita o pañuelo
donde vibrábamos/donde niñábamos/
no olvidar las razones del exilio/
la dictadura militar/los errores
que cometimos por vos/contra vos
tierra de la que somos y nos eras
a nuestros pies/como alba tendida/
y vos/coranzoncito que mirás
cualquier mañana como olvido/
no te olvides de olvidar el olvido.»

Roma, 5 de mayo de 1980

«XVI.

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.

Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.»

Roma, 14 de mayo de 1980

(Juan Gelman y Osvaldo Bayer, *Exilio*, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1984.)

VI. Chilenos en la Argentina durante el conflicto del Beagle

En la vida cotidiana, la implantación del terror asumió diversas modalidades de control a lo largo del territorio nacional. En este tramo transcribimos un fragmento de un trabajo: «¿Guerra o excusa?...», escrito por una estudiante de un Instituto de Formación Docente de Neuquén, que describe las difíciles condiciones de vida de los ciudadanos chilenos en el sur argentino durante el año 1978, cuando la guerra con Chile era una posibilidad cierta. Los chilenos que habitaban nuestro país, muchos como exiliados políticos luego del golpe de Estado comandado por Augusto Pinochet en 1973, se encontraban en este lado de la cordillera con una situación represiva similar. La investigación de la estudiante da cuenta de la tensión que existió al interior de las dictaduras chilena y argentina: eran capaces de declararse la guerra y, al mismo tiempo, mantener acuerdos en las políticas represivas, como lo muestra la participación de ambos países en el Plan Cóndor.

Autora: María Virginia Maldonado Zandalazini.

Institución: Instituto Superior de Formación Docente N° 6- Nivel Terciario.

Provincia: Neuquén.

«¿GUERRA O EXCUSA? LA SITUACIÓN DE LOS CHILENOS RESIDENTES EN LA NOR-PATAGONIA ARGENTINA DURANTE EL CONFLICTO DEL BEAGLE

Escuchando algunas historias

Mientras los gobiernos latinoamericanos se alineaban en el Plan Cóndor, en el año 1977 se conocía el laudo británico sobre un histórico tema controversial entre Chile y Argentina, decisión que no fue acatada por el gobierno de facto y que luego de arduas negociaciones sin resultado, llevó a un conato de guerra que durante diciembre de 1978 tuvo su punto más álgido. La situación fue formalmente resuelta en enero de 1979, gracias a la intervención papal a través del Cardenal Samoré, enviado especialmente desde Roma.

Ahora: ¿estábamos realmente tan cerca de una guerra o fue simplemente un modo más de acción del Plan Cóndor a modo de “intercambio de favores”? ¿O ambas situaciones pudieron darse simultáneamente?

Uno de nuestros entrevistados, Tito, comenta al respecto: “en esa época me acuerdo que los chicos estaban en la escuela y un día lunes, eran como las siete de la mañana, aparecieron los tipos y tocaron la puerta, pero no un tocar normal... y yo me levante rápido ¿no?”. Su compañera, Lidia, lo corrige: “Vos te hiciste el loco. Porque viste que te fueron a la cama y te sacaron, te apuntaron así y te tocaron para que te levantarás...”.

Tito: “Ellos se metieron adentro y yo lo primero que hice es agarrar los documentos. Porque tenía documentos de allá de Chile, pero todo legal, todo lo que era la parte de cada uno, los antecedentes, nacimiento, esas cosas. Y nosotros estábamos haciendo el trámite de radicación pero nos daban una radicación precaria que nosotros teníamos que renovar cada tres meses y teníamos que ir al banco a pagar un sello para que nos dieran la radicación precaria a la familia. Y nos daban un papel nomás, nosotros lo hacíamos al trámite en Gendarmería, la cosa es que nosotros teníamos que ir a renovarlo cada tres meses... Y ese día llegaron y yo agarré los papeles y me llevaron para

afuera a una camioneta y en la camioneta había varios más pero no gente joven, sino más adulta, en esa época yo tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años... Y nos llevaron a Gendarmería... Cuando llegamos allá nos hicieron pasar a una sala grande y nos llamaban por turno y yo veía que había mucha gente que no tenía ningún documento... Gente que era de Chile... De 50 o 60 años, pero no tenían ningún papel de nada... Ni siquiera el papel chileno tenían y a esos directamente los mandaban a la policía y de ahí los mandaban de vuelta para Chile. Y a mí, me acuerdo que me llamó un tal Toledo y me dijo "¿usted cuándo entró al país?".

"En el 77", le dije. "¿Y su documentación?", me preguntó. "Acá está". Yo la había renovado hacía poco. Yo trabajaba en un taller, en una concesionaria y tenía buena conducta con ellos, con el jefe, y él tenía relación con el comisario del pueblo. Por intermedio del dueño y por medio del comisario tuvimos la posibilidad que me liberarán... Yo no es que estaba ilegal...".

Estos ciudadanos fueron detenidos sólo por ser chilenos, ya que para la militarizada sociedad argentina, se transformaban en espías. Todos los chilenos de Sierra Grande, en la provincia de Río Negro, fueron sometidos al mismo trato: por las mañanas eran retirados de sus domicilios para ser devueltos al anochecer. Los entrevistados no concuerdan en el tiempo que duró este procedimiento pero creen que fue entre tres y siete días.

En la provincia del Neuquén, los entrevistados, chilenos y argentinos, no hablan de campos de concentración, pero sí de extradiciones masivas. En la capital provincial se realizaban razzias para detener a los indocumentados, que eran directamente subidos a camiones y trasladados inmediatamente, sin que pudiera mediar una comunicación con sus familias, hacia la frontera. Además, se registraba casa por casa de los residentes documentados buscando a inmigrantes recientes o con problemas de papeles. Si bien estos procedimientos se realizaban a plena luz del día y contaban con la indiferencia (o el "no te metás") de buena parte de la población nativa, son numerosos los casos de quienes ocultaron en sus casas a conocidos "de toda la vida" para evitar la detención y la siguiente expulsión. No hemos podido confirmar ninguna de las diferentes versiones acerca de qué les ocurrió a los deportados, pero algunas de ellas son muy inquietantes.»



1.



2.



3.

1. Madres de Plaza de Mayo manifestandose durante la guerra de Malvinas. Buenos Aires. **AGN**

2. Manifestación del COBA (Comité de Boicot a la Copa del Mundo en la Argentina), París, 1º de mayo 1978.

Archivo privado. **Gentileza Marina Franco**

3. El presidente de facto Jorge Rafael Videla saluda a su par chileno, el dictador Augusto Pinochet, dos de las principales figuras del Plan Condór. **AGN**

Propuestas para trabajar en el aula

En este tramo ofrecemos algunas propuestas de enseñanza para trabajar con los estudiantes a partir de los ejes del capítulo: en qué consistió la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN); qué vínculos pueden establecerse entre las dictaduras latinoamericanas de los años sesenta y setenta; qué fue el Plan Cóndor; cuál fue el rol de los exiliados políticos en la denuncia de los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura; y por qué el 2 de abril los militares iniciaron acciones bélicas para recuperar la soberanía argentina en las islas Malvinas rompiendo con las modalidades pacíficas y diplomáticas de reclamo que había utilizado el Estado argentino hasta esa fecha.

Para enriquecer la tarea proponemos trabajar en torno a estos ejes conceptuales y usar las fuentes y las imágenes.

■ CONSIGNA DE BÚSQUEDA DE INFORMACIÓN

En las preguntas de este capítulo (14, 15, 16 y 17) se alude a la «Guerra Fría», como encuadre histórico que permite entender por qué los ejércitos latinoamericanos asumieron un papel preponderante en la región y qué tipo de vínculo establecieron con los distintos gobiernos estadounidenses.

- Proponemos que los estudiantes investiguen en qué consistió la «Guerra Fría»: cuándo se inicia, quiénes fueron los contendientes, qué modalidades específicas asumió, en qué se diferenció de las guerras clásicas, de qué modo incidió en la progresiva producción de armas nucleares en las naciones más poderosas del mundo y cuándo podría fecharse su desenlace.
- En un segundo momento, proponemos que busquen información sobre la relación que hay entre los siguientes episodios y la «Guerra Fría»:
 - a) La guerra entre Estados Unidos y Vietnam del Norte.
 - b) El bloqueo estadounidense a Cuba.
 - c) La construcción y la caída del Muro de Berlín.

■ CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN

- En la pregunta N°15 se afirma que uno de los rasgos que caracterizaron a las dictaduras latinoamericanas fueron el desmantelamiento del Estado de Bienestar y la implementación de programas económicos de corte «neoliberal». Proponemos que los estudiantes, haciendo hincapié en la experiencia argentina, caractericen, por un lado, al Estado de Bienestar y, por otro, a las políticas económicas neoliberales. Pueden investigar, además, en qué consistió el «consenso de Washington» y qué relación mantiene con las políticas económicas desarrolladas por las dictaduras latinoamericanas en las décadas del sesenta y setenta.
- En la pregunta N° 15 también se reconstruye el mapa político latinoamericano durante los años sesenta y setenta. Proponemos que, en un segundo momento, los estudiantes reconstruyan ese mapa en la actualidad, consignando quiénes son los presidentes de los países de América del Sur y qué tipo de ideas políticas defienden.

■ CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN Y ESCRITURA

En la pregunta N° 18 se ofrece un panorama complejo de la situación política interna de la dictadura y se intenta explicar por qué la Junta Militar decidió encarar la guerra de Malvinas. Proponemos que los estudiantes realicen la siguiente tarea: busquen información sobre esa guerra, puede ser en materiales de archivo (periódicos, revistas, películas documentales) o por medio de la recolección de testimonios entre familiares de los propios estudiantes, ex combatientes o personas que recuerden la guerra. El objetivo de las entrevistas sería indagar qué significaba la guerra de Malvinas para estos actores.

- En un segundo momento, proponemos que comparen este material con la pregunta N° 18 y escriban un texto sobre la cuestión de la guerra de Malvinas, incorporando los testimonios y el material de archivo recogido.

■ CONSIGNA DE LECTURA Y DEBATE

A lo largo de este capítulo y en algunas de las fuentes (por ejemplo en los poemas de Juan Gelman y en la palabra de los exiliados) aparece la idea de patria. Proponemos que los estudiantes analicen qué significa la patria en cada uno de esos casos. En el poema de Juan Gelman, por ejemplo, se dice que uno de los deberes del exilio consiste en no olvidar, en relación con la patria, «los errores/ que cometimos por vos/ por vos.»

- En un segundo momento los estudiantes pueden debatir qué significa la patria para ellos y con qué tipo de vínculos, ideas políticas, símbolos la asocian.

■ CONSIGNA DE ANÁLISIS Y DEBATE

En las postales de la revista *Para Ti*, citadas entre las fuentes, la consigna «defender la Argentina» implicaba desconocer el respeto y la importancia de los Derechos Humanos. En esas postales se insistía mucho en la idea de «mantener una buena imagen ante los demás».

- Proponemos que los estudiantes organicen un debate sobre los siguientes interrogantes: ¿Qué significa en el discurso social la frase «tener buena imagen»? ¿En qué situaciones solemos escuchar esa frase? ¿Quiénes suelen ser los destinatarios de esa frase? ¿Con qué asociaban la «buena imagen del país» las postales de *Para Ti*? ¿Con qué vinculaban esas postales la idea de «tener una buena imagen ante el mundo»?
- En un segundo momento, sugerimos para enriquecer la actividad buscar algunos de los videos del humorista Diego Capussoto (se pueden encontrar en *Youtube*), quien en su programa *Peter Capussoto y sus videos* construyó un personaje llamado Miki Vainilla, de claras ideas racistas, y muy potente para pensar ciertas actitudes recurrentes entre los argentinos. A través de ese personaje, el humorista se permite parodiar ciertas ideas que circulan en nuestra sociedad sobre lo que significa vivir en un país con «buena imagen». Recomendamos observar algunos de los sketches de este personaje para que los estudiantes relacionen los discursos de *Miki Vainilla* con las ideas de los lectores de la revista *Para Ti* que se ofrecen en las fuentes.

■ CONSIGNAS PARA TRABAJAR CON LAS IMÁGENES

- Para trabajar con la imagen que cierra este capítulo proponemos que los estudiantes observen la fotografía y digan qué ven allí, qué sensaciones les despierta y por qué. ¿Saben quiénes son? ¿Observaríamos la imagen del mismo modo si no supiéramos quiénes son?
- La politóloga Pilar Calveiro afirma que los responsables de la dictadura no son «ni monstruos, ni demonios sino hombres comunes». Les proponemos que los estudiantes observen la fotografía y reflexionen sobre esta afirmación. ¿Se trata de «hombres comunes»? ¿Por qué? ¿Están de acuerdo con la afirmación de Calveiro? Fundamenten.
- Para trabajar con la galería de imágenes de este capítulo proponemos que los estudiantes escriban epígrafes para cada una de las fotos, que expliquen qué está pasando en cada una de ellas, más allá de la información que ya tienen.
- En un segundo momento, pueden detener la mirada en las dos primeras fotos y observar los carteles, ¿pueden leer qué dicen estos carteles?, ¿qué otras consignas imaginan que podrían tener?
- Por otra parte, proponemos que los estudiantes se reúnan y piensen qué relaciones pueden establecerse con algunas de las fuentes citadas en este capítulo y las imágenes de la galería. Fundamenten las relaciones.

Festejo infausto

Emilio Eduardo Massera, Jorge Rafael Videla y Orlando Ramón Agosti, los integrantes de la Primera Junta Militar, festejan los goles de la selección nacional de fútbol durante la final con Holanda durante el mundial celebrado en Argentina en 1978. La fotografía fue tomada en 1978 por Higinio González, fotógrafo de Presidencia de la Nación. A pocas cuadras del estadio de River donde se jugaba ese partido funcionaba la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) donde estaban detenidos-desaparecidos cientos de víctimas directas del terrorismo estatal. La victoria de la selección supuso uno de los momentos de mayor hegemonía por parte del gobierno de facto. Durante la celebración en la Plaza de Mayo muchos argentinos ovacionaron al general Videla cuando salió al balcón a saludar.

Foto: AGN



